

que subsisten aun, para proporcionaros el mérito á que debe aspirar una alma religiosa, nada son comparativamente con las gracias que se os preparan. No quiero hablar ya de la de vuestra vocacion, con que el Señor os ha dado una prueba singularísima de su amor, de esa abnegacion absoluta que está exigiendo de nosotros, no el que os consolemos por lo que habéis perdido, sino el que os felicitemos por lo que habéis ganado: hablo de las gracias que han de acompañaros en el resto de vuestra vida, de una carrera de mortificacion y penitencia, de un recinto en que no se habla sino de virtudes, y en que no se escuchan sino las alabanzas divinas, de una profesion alta y sublime consagrada exclusivamente al servicio de Dios, de una regla sábia y santa, que mantiene siempre viva la vigilancia, siempre muertos los sentidos, encadenadas las pasiones, profundamente amortiguados los deseos: hablo de una vida, para valerme de la expresion de un obispo piadoso, en que todas las ocupaciones son virtudes, ó medios eficacísimos de alcanzarlas; todos los pasos se dirigen al cielo, en que lo mas indiferente tiene su mérito propio, y en que profundamente aniquilados los enemigos exteriores, todo ha quedado reducido á libranos de vuestro propio corazon: hablo de los ejemplos que os circundan, de esta sociedad feliz que tantos encantos derrama sobre la virtud; de este candor de la inocencia, que no podemos distinguir ya entre la profunda niebla que envuelve á los mundanos; hablo de este amor casto que os debe estrechar con vuestras hermanas, de esta caridad siempre viva que recíprocamente hallaréis en vuestro corazon las unas y las otras: de esas oraciones que suben juntas al cielo, de esas lágrimas que corren juntas, y de esos gemidos profundos que

van á perderse juntos en el seno de vuestro Padre celestial. ¡Dios mio! cuánto os complacéis en esta concordia feliz y fraternal, en estas santas congregaciones de virtudes donde se repite vuestro nombre todos los dias, donde mejor se sienten los beneficios de vuestra providencia y donde lábios mas puros os entonan constantemente el himno de la misericordia! ¡Con cuánta razon habéis prometido á estas almas fieles el ciento por uno de lo que han dejado por seguiros!

Sí, hermana mia, el ciento por uno: ¡retribucion magnífica que debiendo tener su feliz consumacion en el cielo, tiene así mismo su glorioso principio y su fecundo incremento en la tierra! Ciento por uno, que comenzó en el acto sublime de vuestra profesion, que sentiréis, como acabo de probaros, en las virtudes que practiquéis, en las gracias que han de favoreceros, y tambien en los goces que se os preparan: último carácter de excelencia que debe ofrecer á vuestra vista el estado que habéis elegido.

Hai un don sobrenatural que el mundo no conoce, fuente perenne de consuelos que no disfruta ninguno de cuantos viven segun las máximas del siglo, tesoro del infinito precio, fruto y principio de grandes fines, resultado preciso de la gracia de Dios fielmente correspondida por la conducta de una alma fervorosa, un don que para los habitantes de Babilonia es un mero nombre, y para las almas tímidas que se han recogido en el Señor, es una cosa real y positiva. ¡Qué don es este, hermanos míos? El regocijo santo de la virtud, el gozo espiritual: gozo inexplicable que difunde por todo el hombre un bienestar delicioso, una calma suave y apacible, una paz siempre inalterable y una indiferencia tal hácia

todo lo que no es vivir en Jesucristo, que se reciben indistintamente los sucesos mas faustos y las adversidades mas crueles de la vida. El alma que siente estas afecciones dulcísimas, que pondera la incomparable excelencia de tan feliz estado, que trae al cotejo este género de goces con los deleites que mantienen en cierta especie de embriaguez á los mundanos, no acierta á comprender, cómo delicias de una gerarquía tan alta no han conquistado el corazon de todos los hombres, cómo hai entre ellos quienes llevando el nombre de prudentes y sabios, no han acertado á descubrir el misterio de las dulzuras divinas: misterio que tan fácilmente descubren aun aquellas almas abyectas cuya santa simplicidad y candor sirven de pábulo continuo á la maligna lengua de los mundanos. Sin embargo, no se inquietan por esto, no pasan adelante en sus investigaciones; y ántes bien, comprendiendo cuanto es posible toda la extension de su felicidad, se abandonan á los transportes del júbilo mas vivo, para decir al Señor con toda la fuerza de su fe y el tierno lenguaje de la gratitud. „Yo os alabo, Dios mio, Señor del cielo y de la tierra, yo os alabo y bendigo, porque habéis ocultado estas cosas á los sabios y prudentes del mundo, y os habéis dignado revelarlas á los sencillos y pequeños.”¹ ¿Mas cuál será el principio, hermana mia, de este gozo espiritual que así embelesa á las castas esposas del Señor? En la nueva carrera que se os abre, vais á seguir precisamente un órden fijo de ideas y pensamientos que comenzando por las asperezas de la mortificación, debe concluir en los transportes inefables del amor divino. Sometiéndoos dócil y humildemente á las prácticas tutelares de vuestra regla, vuestra alma, tal vez

(1) Math. XI, 25 y sig.

pobre al presente, va á sorprenderse despues cada dia con descubrimientos é ilustraciones de un género sublime. Las meditaciones continuas van á haceros conocer lo que ántes no conociáis, y comprender lo que no comprendiais ántes. Vuestra fe irá tomando sucesivamente un pleno dominio en vuestro corazon; y que sé yo, si el Esposo os tendrá reservada para favoreceros de tiempo en tiempo con aquellas resplandecientes y divinas luces que suspenden la memoria, desdeñan el discurso y fijan invariablmente la intuicion estática de la alma contemplativa. Pero sin prometeros un favor en cuya distribucion se nos ocultan sin duda grandes misterios, yo puedo mencionarle cuando, dejando á las personas que al presente me escuchan, abro la historia de estos retiros, y repaso la vida de sus ilustres fundadores. Sí, hermana mia, Dios recompensará vuestra fidelidad aun en la tierra con el sentimiento de vuestras propias virtudes, con el conocimiento de sus profundas verdades, y con esas avenidas de luz que fijan amorosa y simplemente la atencion del espíritu, de un modo permanente y sobremanera delicioso que en opinion de los grandes maestros, determina una afeccion tan única en su género, tan rara y tan feliz, que si puede sentirse, es incapaz de explicarse. He aquí hermana mia, un triple manantial de consuelos que derrama en torno de estas mansiones queridas esos atractivos y encantos que os harán amar de continuo con una ternura inefable vuestra inocente soledad.

Yo bien sé que la verdadera humildad debe haceros incrédula respecto de vuestros progresos en el camino del espíritu, que desecharéis como tentacion importuna cualquiera idea que tienda á persuadiros virtudes que amaréis en vuestras hermanas sin reconocer nunca en

vos; que mientras mas sólidos sean vuestros adelantos, con mayor intensidad obrará en vuestro espíritu el amargo sentimiento de vuestra indignidad y vuestra miseria; pero sé tambien que mil deliciosas emociones, provenientes de vuestra misma virtud, os afectarán sin revelaros su origen, que mientras mas léjos estéis de creeros virtuosa, mas disfrutaréis de los suaves transportes de la virtud; que la humildad verdadera no es turbulenta y borrascosa, y que siempre abrazada con la esperanza divina, cerca por todas partes el espíritu, digámoslo así, para que no vengán á invadirle los tormentos crueles de una perpetua desolacion. ¿Y quién podrá encarecer bastantemente la fruicion dulcísima que siente el espíritu á la presencia de esas grandes verdades que el mundo repite á cada paso sin conocerlas, y que el alma religiosa conoce y comprende sin otro afán, sin mas artificio, que una atencion dócil y una razon humilde? „A vosotros se os ha concedido, decia Nuestro Señor Jesuscristo á sus discípulos, el entender el misterio del reino de Dios, . . . mientras á los demas en parábolas; de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan.”¹ ¿Y no puedo yo, hermanas mias, haceros esta santa felicitacion á vosotras que por la naturaleza de vuestro estado sois llamadas á conocer de un modo mas perfecto el gran misterio del reino de Dios? ¿No puedo apoyarme yo en los oráculos augustos é infalibles del Evangelio, para hacer esta promesa misma á la tierna vírgen que acaba de ofrecerse á Jesuscristo? Abrid para consuelo vuestro vosotras todas, vírgenes del Señor, abrid ese libro siempre fecundo donde repasamos con cierta especie de veneracion y encanto las memorias siempre ilustres de la virtud ignorada y oscura. ¡Cuán-

(1) Math. XIII, 12, et 13.

do acabaria yo, si me propusiese enumerar uno por uno esos héroes de la virtud que sin talentos claros, sin despejadas potencias, sin estudios algunos, y aun sin educacion comun, han llegado á ser el pasmo de los claustros, la humillacion de los Doctores y los luminares eternos de la ciencia divina? Reconócelo á tu pesar, mundo sabio y orgulloso, que crees haber circunscrito el poder de la inteligencia cuando analizas el fango, fijas las leyes del Universo, compones á tu placer la política de las naciones, aumentas el catálogo de los descubrimientos y la pompa de las artes: nada sabes, nada comprendes, nada descubres que pueda merecer el nombre de útil, sólido ni grande, cuando ignoras lo único necesario, el misterio sublime del reino de Dios. Niño balbuciente, repites apenas lo que oyes, y por una especie de mecanismo; si no es que metiendo tu entendimiento á donde no penetra tu corazon, declames con enfática pompa lo que no quieres hacer servir á tu conducta; y semejante á la campana situada en las torres de nuestros templos, llesves el estruendo á todas partes sin apercibirte de cosa alguna.

Católicos, el curso natural de mis ideas y mis sentimientos me ha colocado ya en frente del mas poderoso adversario que tiene en la Iglesia militante esta escuela divina de virtud y de santidad. Paso, pues, á considerar la vida monástica en sus relaciones mas directas y universales con el mundo.

TERCERA PARTE.

Carácter propio del mundo ha sido, hermanos mios, en todos los siglos rodear y desconocer al mismo tiempo á